

## EL HOMBRE INVISIBLE (SIC)

Entre mis pocas hazañas, de las que tampoco quiero jactarme demasiado, cuentan, a lo largo de mi ya dilatada vida –estoy cumpliendo sesenta y seis años en los momentos en que escribo estas líneas-, la de haber sido impublicable, irrepresentable, indeseable e invisible. La censura, la policía, y varios editores, directores, actores y empresarios de teatro tienen algo que ver en esto. ¿He de contarlo algún día? No creo que valga la pena, a no ser por lo que mi experiencia pueda tener de signo que expresa una situación general, como la de los escritores de teatro, cuya invisibilidad es un fenómeno interesante, puesto que se produce sin que para ello se haga esfuerzo alguno de carácter científico. Somos invisibles, sin más; y uno se acuerda, por ejemplo, de lo que le costó al personaje de Wells llegar a serlo. Tampoco tenemos mucho que ver con aquel personaje, en el sentido –que completa y matiza lo que acabo de decir- de que él deseaba ser invisible y nosotros detestamos serlo. Cuando un actor (o una actriz; creo que Nuria Espert es de esa opinión) dice que no hay autores, a nosotros, que nos creemos autores, se nos llevan los demonios. Dicen que no hay autores. Entonces, ¿es que no nos ven? ¿Somos, pues, invisibles?

Yo ya sabía que era invisible, hasta el punto de que escribí un libro de poemas que se titula *Vida del hombre invisible contada por él mismo*, que una editorial –evidentemente dirigida por un raro editor- está a punto de publicar si Dios o el Diablo no lo remedian; pero no me había dado cuenta, a pesar de que tenía algunos datos para descubrirlo, de que, además de invisible, era invisible (sic). Este término me ha sido revelado por el Consulado de los EE.UU. en Madrid; así pues, he tenido que cancelar un bello contrato con la Universidad de California –en la que habría sido profesor desde el mes de enero pasado hasta el próximo de junio- en razón de que soy una persona <invisible>. Padezco, pues, de una dolencia, cuyo origen es ignorado también en aquellos medios consulares, y que se llama, según me comunican verbal y amablemente, <invisibilidad>.

Yo, que soy más tonto que Rafael Alberti –pues siendo más joven que él, ya he llegado a ser, por lo menos, tres tontos-, me planteo cuestiones a las que no encuentro solución y ni siquiera explicación; pues, siendo uno *invisible*, ¿cómo puede ser *invisible*? Siendo persona ignorada, ¿cómo puedo ser distinguido con ese honor de la *invisibilidad*? Pues puede comprenderse, aunque no se comparta (y yo no lo comparto pero, ¿quién es uno para compartir o no compartir ideas sobre lo que sucede en la realidad de la vida?), la idea de que una persona muy visible por su gran talento literario y su consideración pública –como el ilustre colega García Márquez- sea considerada invisible en Estados Unidos, a la vista de su notoria amistad con la Revolución Cubana y con el Comandante Fidel Castro. Pero me temo que las cosas son aún más inexplicables, pues me dicen (no sé si será cierto) que el mismo García Márquez, que sigue siendo mil veces más visible que un servidos, ha dejado de ser invisible en aquel gran país, hoy indiscutible líder planetario y organizador sin miedo y sin tacha del llamado Nuevo Orden Mundial (Dios nos coja confesados).

¿Qué pasa conmigo, tíos?, diría cualquier colega matritense de mi viejo barrio inolvidable. Los recuerdo que a uno le vienen a la memoria tienen que ve con el pasado oscuro, a la vista del modo en que se producen las cosas en la relación del ciudadano individual con el Omnipoder político internacional. Aquello sucedía en pequeña escala pero era muy parecido, guardando las proporciones (lo único idéntico es la insignificancia del ciudadano que se relaciona con ese Poder). En este caso, se me comunica mi ocasional invisibilidad, pero ello no comporta, curiosamente, una prohibición explícita de entrar en los Estados Unidos de Norteamérica. ¡No se me autoriza a entrar pero no es que se me prohíba hacerlo! Es simplemente un episodio administrativo que las mismas autoridades consulares lamentan. Decía lo del pasado oscuro porque con la censura franquista era parecido. Durante un tiempo mi <Escuadra hacia la muerte> no pudo

representarse pero no porque estuviera prohibida; es que no estaba autorizada. Y la compañía que deseaba hacerla tuvo que disolverse pero no, claro está, porque la obra estuviera prohibida. Se estaba estudiando el caso.

En éste que ahora refiero parece que la invisibilidad es un fenómeno causado por un virus ajeno a las voluntades de la Administración, dado que la legislación de la caza de brujas ya no está vigente. ¿Es posible que esté vigente sólo para mí? Ello sería un curioso privilegio: yo sería objeto de una ley privada, de una ley para mí, en este caso contra mí. ¿Sólo contra mí, a la manera (pero al contrario) en que los privilegios suelen ser para uno: para aquella persona <privilegiada>? ¿Privilegiada de ese modo tan negativo cuando, al parecer, todo el mundo es visible hasta el punto de no necesitar visado alguno para entrar en aquel gran país?

Todo es muy extraño. Veo que *El Proceso* de Kafka es un juego de niños. Yo me dedico, mal que bien, a la literatura y al teatro, o sea, a ser rechazado en la literatura y en el teatro. ¿Cómo no puedo ir a explicar a unos estudiantes californianos lo que Aristóteles escribió sobre la tragedia? Ahora he terminado una novela sobre fantasmas y no tengo, desde hace mucho tiempo, actividades de carácter político, aunque, mirándolo bien, recuerdo haberme manifestado – suscribiendo algún documento colectivo y publicando algún artículo personal – contra la Guerra del Golfo. ¿Será posible que a este perverso antecedente se deba mi actual <invisibilidad>, dado que anteriormente he estado seis veces en los Estados Unidos dando cursos y conferencias? ¿Será, pues, un signo de algo más grave esta irrisoria desventura privada? ¿Tendrá algo que ver con el <nuevo orden mundial>? No me decido a creerlo pero es una hipótesis que algunos amigos delirantes consideran verosímil. Sería entonces una mala noticia no sólo para mí. En cuanto a lo de los anteriores viajes, se puede pensar, desde luego, que durante unos años he sido más invisible que invisible y que entonces me colé en los Estados Unidos por ese extraño espejo que es la puerta de nuevas maravillas y que, como cualquier espejo, no refleja la turbia y amenazante imagen del vampiro.